



La deconstrucción del concepto de maternidad en la obra de Mónica Ojeda: nuevas miradas en camino al origen.

The deconstruction of the concept of motherhood in the work of Mónica Ojeda:
New perspectives on the way to the origin.

DOI: 10.32870/sincronia.axxviii.n85.2a24

Silvia Beatriz Fernández

Universidad Autónoma De Querétaro (MÉXICO)

CE: silvia.beatriz.fernandez.22@gmail.com / ID: [0000-0002-9117-0835](https://orcid.org/0000-0002-9117-0835)

Esta obra está bajo una licencia



Recibido: 02/09/2023

Revisado: 10/10/2023

Aprobado: 13/11/2023

RESUMEN

En este artículo nos proponemos analizar la obra de la escritora ecuatoriana Mónica Ojeda, en la que se abre una discusión acerca del concepto de mujer-madre, entre otra serie de relaciones entre mujeres a nivel familiar o afectivo. A través del tiempo la tradición occidental basada en la religión judeo-cristiana ha instaurado en Latinoamérica la idea preconcebida de la mujer como un ser cuyo objetivo originario es el de entregarse al otro, ya sea en el amor o en las tareas de cuidado. Mónica Ojeda propone en su literatura una idea que resignifica tales mandatos, dando cuenta de la violencia intrínseca que rodea este actuar normalizado de la mujer en la sociedad. La autora describe los intersticios en los cuales se mueven y operan las violencias, dando como resultado una visión menos edulcorada de lo femenino-materno. Nos valdremos del concepto lacaniano de gran Otro, que describe una implantación de la mirada de la madre en el hijo que se relaciona directamente con el lenguaje aprendido o lengua materna y que desemboca necesariamente en su percepción del mundo. A lo largo del desarrollo de este trabajo se empleará el término deconstrucción, que, abordado desde la filosofía con Jacques Derrida se propone desmontar el sistema de creencias heredado para dar lugar al cuestionamiento de estas conductas aprendidas, que en la obra de Ojeda se presentan ya desarticuladas.

Palabras clave: Mujer. Maternidad. Deconstrucción. Gran Otro. Tradición.



ABSTRACT

In this article we propose to analyze the work of the Ecuadorian writer Mónica Ojeda, in which a discussion about the concept of woman-mother is opened, among other series of relationships between women at a family or affective level. Over time, the Western tradition based on the Judeo-Christian religion has established in Latin America the preconceived idea of women as a being whose main objective is to give themselves to others, whether in love or in caring tasks. Mónica Ojeda proposes in her literature an idea that redefines such mandates, giving an account of the intrinsic violence that surrounds this normalized action of women in society. The author describes the interstices in which violence moves and operates, resulting in a less sweetened vision of the feminine-maternal. We will use the Lacanian concept of the “Big Other”, which describes an implantation of the mother's gaze in the child that is directly related to the learned language or mother tongue and that necessarily leads to his perception of her world. Throughout the development of this work, the term deconstruction will be used, which, approached from the Jacques Derrida philosophy, proposes to dismantle the inherited belief system to give rise to the questioning of these learned behaviors, which are already presented in Ojeda's work. disjointed.

Keywords: Woman. Motherhood. Deconstruction. Big Other. Tradition.

Hacia un análisis de los nuevos miedos.

En este trabajo se abordará el concepto de maternidad y otras variantes como lo plantea en su obra la escritora ecuatoriana Mónica Ojeda. Se analizará conceptualmente desde el psicoanálisis y la filosofía a partir de algunos acercamientos a la teoría de la escuela lacaniana y sus herederos en la teoría psicoanalítica. Se abordará a partir del concepto de gran Otro, que en el psicoanálisis viene a representar el sentido que el ser humano les da a las cosas a partir de una mirada primigenia: la de la madre. Lacan realiza la distinción entre otro (con minúscula) y Otro (con mayúscula): “Hay que distinguir, por lo menos, dos otros: uno con una A mayúscula¹, y otro con una a minúscula que es el yo. En la función de la palabra de quien se trata es del Otro” (Lacan, 1983, p. 355). La referencia al Otro de Lacan implica en principio una distinción con el yo entendido como el sujeto. Este sujeto es deseado y construido por la mirada del Otro, generalmente la madre o el objeto primario de amor,

¹ Lacan se refiere a la palabra francesa *Autre*, que en español significa Otro.



esto quiere decir que responderá a los deseos de éste y actuará siempre en función de la estructuración de esa relación.

Así, al estar condicionado el sujeto por la mirada de Otro que lo crea y lo desarrolla al imponer expectativas y pre-conceptos sobre él, de alguna manera le quita una parte del yo para imprimirle parte de sí, entendiendo esta inyección de sentido como el lenguaje. La lengua materna construye al niño y le muestra la realidad. De alguna manera ese Otro es el ojo que le enseña al niño el mundo, dependerá de esta función que el sujeto vea al mundo de determinada manera:

Este gran Otro es quien le da significado al sujeto, nombra y da un lugar dentro del mundo [...] El sujeto no tiene otra opción que surgir alienado en el gran Otro, por lo que (según Lacan) en ese camino pierde algo de su ser. (Asociación Libre, 2020a, 8m, 45s).

En esa pérdida hay necesariamente un duelo, una sensación de que algo le ha sido arrebatado, un distanciamiento de su ser original; la narrativa de Ojeda es un intento de poner en palabras aquello que se encuentra a priori en todo sujeto, esa pérdida originaria.

Como se dijo anteriormente, el gran Otro inyecta una parte de su visión del mundo al sujeto, y al hacerlo le quita una parte de su ser, por lo cual el sujeto experimentará un distanciamiento, una pérdida con su propio ser y a la vez con aquel Otro que de manera arbitraria lo introduce en un universo ajeno.

Paula no sabía cómo sonaba una madre sufriendo de insomnio crónico y de depresión. Tampoco sabía lo que era levantarse en medio de la oscuridad y que las rótulas saltaran fuera del cuerpo como ranas óseas. "Mami está enferma de la" escribió Bárbara en un papel a los ocho años" (Ojeda, 2021, p. 73).

La alteridad madre-hija es uno de los pilares sobre los que la autora construye su narrativa. En esta dualidad es donde se da el terreno para que posteriormente se hagan evidentes las violencias. Es a partir de una relación con la madre que operan los personajes dentro del texto.



Este trabajo es interdisciplinario pues el análisis rebasa la tradición literaria y requiere de conceptos alternativos para explicarse a sí mismo, es por eso, que recurrimos el término psicoanalítico de gran Otro y al de deconstrucción, ambos ubicados en disciplinas diferentes a la crítica literaria, el primero perteneciente al psicoanálisis y el segundo a la filosofía. Nuestro objeto de estudio será la obra de Mónica Ojeda, atendiendo siempre a su carácter no sólo narrativo o estético, sino también sociológico. No se puede deslindar el trabajo de esta autora con su contexto, por ejemplo, el uso del internet, las nuevas organizaciones en torno al concepto de familia, etc. “Las recientes tecnologías se perciben ambigualmente: por un lado, se trata de prótesis que agilizan el desempeño del hombre, por otro, de artilugios demoníacos” (Álvarez, 2014, p. 107). En la novela *Nefando*, publicada en 2016, Ojeda aborda el tema de los sitios oscuros del internet, la *Deep web*, cuya creación supone una libertad que es foco de fuertes violencias. La exposición de estas prácticas sociales ya comunes entre los adolescentes dispara temáticas sociológicas muy relevantes que dan lugar a la denuncia y a la visibilización de formas de maltrato desconocidas hasta ese momento.

Volviendo a las relaciones entre mujeres, es y ha sido trabajado desde narrativas apegadas a la religión o al biologismo en tanto descripción o explicación acerca de lo que es la mujer como individuo constitutivo de un sistema socio-cultural, y se ha trabajado muy poco desde la violencia por ser considerados temas incómodos o tabú. “La uruguaya Armonía Somers o a la mexicana Inés Arredondo fueron grandes escritoras que hablaron desde un lugar muy visceral, y esto significó su exclusión. Ahora para nosotras no lo supone” (Ojeda, 2020). En la literatura de Ojeda se puede visibilizar y comprender la sutileza de tales conceptos que de otro modo permanecerían ocultos ante los ojos de la tradición. “Es una liberación respecto de la escritura canónica. Al nombrar las cosas rompes con la idea de que la escritura de las mujeres debe ser delicada” (Ojeda, 2020). En este sentido, la ecuatoriana se sitúa en un lugar contrario al canon y que plantea nuevas interpretaciones sobre lo femenino. A la vez, no niega que otras escritoras tengan maneras diferentes de trabajar, sino que este estilo, mucho más crudo y a la vez poético será el que ella escoja en tanto escritora del género gótico andino, en el cual sitúa su trabajo.



El estilo gótico andino, una deconstrucción del terror psicológico.

El estilo gótico andino o neoecuatoriano es relativamente nuevo, nos referimos a que su definición está en proceso y plantea temáticas sociales novedosas o que se están desarrollando en la actualidad. “De los fantasmas o los monstruos, se ha pasado a los zombis o los mutantes y a los asesinos seriales y, con ellos a la brutalidad humana” (Mendizabal, 2022, p. 5). Aquí se puede ver una evolución en la literatura de terror, a medida que el miedo de las personas desemboca en diversos objetos fantasmales, la orientación de los textos se redirige a nuevos ejes centrales desde los que opera el miedo, combinando esto con paisajes propios del Ecuador, como son los volcanes o la fauna de esa geografía.

Ojeda trabaja con situaciones cotidianas, que aparentemente no serían parte de un problema social, por ejemplo, lo que sucede dentro del contexto intrafamiliar. Sin embargo, al conocer estas temáticas, damos cuenta de la cantidad de abusos y de negligencias que se cometen hacia los niños dentro del contexto de la familia, justo cuando efectivamente se considera a esta institución como el lugar primario de inscripción de saberes. Esto nos lleva a preguntarnos. ¿es la familia aquel ambiente seguro en el que nos podíamos refugiar de los males externos? O acaso ¿el monstruo al cual tememos no tiene que ver con aquello que se gesta en el entorno familiar? “Subrayemos, así, que el gótico latinoamericano toma lo esencial del contexto, su paisaje y atmósfera, además de los caracteres psicológicos” (Mendizabal, 2022, p. 7). Si bien para algunos lectores esto puede resultar incómodo, es importante hacerse estas preguntas, pues aquí justamente es donde radica la novedad del estilo gótico andino, en escarbar en el terreno de lo inconsciente guardado más profundamente en nuestra psique, porque allí, en lo reprimido, en lo olvidado, puede radicar nuestro más profundo temor.

El trabajo que realiza la autora tiene características revolucionarias en tanto que irrumpe en temáticas poco estudiadas e inclusive rechazadas socialmente, por lo cual es necesario servirse de otras disciplinas que nos permitan cuestionar a la tradición y plantear miradas alternativas a las que ya conocemos. “Me interesa lo que la violencia hace en la psique, y cómo se origina. Hay una búsqueda de algo primordial al tratar este tema, porque todos somos capaces de herir a otros y el



contexto nos puede hacer perder el control” (Ojeda, 2020). La autora plantea desde la literatura una visión de la mujer y de la maternidad que señala y pone en el reflector los mandatos de la tradición occidental, una noción mucho más cruda y ambigua, dentro de la cual coexisten el caos y la oposición de fuerzas. Estas violencias son, en definitiva, resultado del deseo del Otro, que se manifestará a través de la palabra, del lenguaje y, por supuesto, a nivel inconsciente: “Nunca se sabe lo que puede ocurrir con una realidad, hasta el momento en que se la ha reducido definitivamente inscribiéndola en un lenguaje” (Lacan, 1983, p. 359). Así, la literatura de Ojeda desempeñará la función de dejar hablar al Otro, de ficcionar estas violencias y no solo denunciarlas, sino visualizarlas en un contexto en el que tendemos a ver únicamente hechos.

En los textos de Ojeda se hace referencia a la maternidad como dualidad y caos a diferencia del concepto que muchas veces aparece matizado o edulcorado en la literatura tradicional, conceptos como el de bruja y madre se funden en uno solo y coexisten sin censura: “Allí se dice que cualquier mujer puede entrar en trance y convertirse en bruja y volar sin saberlo” (Ojeda, 2020). El rol de madre se describe desde una óptica cuya naturaleza es violenta y muchas veces difusa o ausente, contrastado por las exigencias y mandatos que la sociedad le impone y la idea que hay de lo que debería ser. En esta narrativa se muestran los deseos más profundos y oscuros de la maternidad, aquellos que muchas veces subyacen en la realidad cotidiana, pero que no nos atrevemos a admitir. Lacan define este tipo de ficción como un modo de nombrar el deseo inconsciente: “[...] una fábula es tan propia como otra historia para sacarla a la luz [...], tiene incluso la ventaja de manifestar la necesidad simbólica de manera tanto más pura cuanto que podríamos creerla gobernada por lo arbitrario” (Lacan, 1989a, p. 2). En la narrativa de Mónica Ojeda se muestra, al igual que en otros tipos de ficciones, un esquema de cómo se elaboró la relación con la madre, aquel Otro que se presenta absoluto e imponente, esa figura que prefigura y configura la existencia del personaje, en este caso la hija a quien la madre se le presenta amenazante.

En los mandatos de la maternidad idealizada que describe Mónica Ojeda encontramos, por lo tanto, la otra cara de la moneda, el rechazo de las madres hacia los hijos, la negación del deseo materno, el arrepentimiento de la experiencia de la maternidad, entre otros aspectos incómodos de



decir a través del lenguaje. La violencia opera, pues, a manera de carga simbólica, y el sujeto (en este caso la autora a partir de sus personajes) se permite hablar, pero siempre bajo las leyes del lenguaje, por ello nos remitimos a la ficción, porque en este nivel subyace tanto esa opresión del mandato, como la respuesta inconsciente hacia ésta. “Es preciso no omitir nuestra suposición básica, la de los analistas: nosotros creemos que hay otros sujetos aparte de nosotros, que hay relaciones auténticamente intersubjetivas” (Lacan, 1983, p. 366). En este sentido, y siguiendo a Lacan, siempre actuamos en referencia con otros, el Otro es determinante para la constitución de nuestra estructura básica de percibir el mundo y, en la literatura de Mónica Ojeda, esta relación del yo con el Otro es tangible a partir de la violencia que se ejerce desde ambas subjetividades en una relación perpetua de amor y odio fraternal.

Para lograr un análisis preciso de estos conceptos es necesario emplear términos que nos permitan cuestionar y revisar la herencia que da paso a estas realidades, por lo que utilizaremos el abordaje filosófico que Derrida plantea, y que describiremos más adelante, emplearemos el concepto de deconstrucción justamente como una interrupción a lo que se consideraba el concepto madre en literatura, y que abarca otras relaciones entre mujeres como lo son madre-abuela, hermana- hermana, amiga-amiga, maestra- alumna. Este abordaje propone una desarticulación de las creencias heredadas y consolidadas como socialmente aceptables. Se realizará un análisis de fragmentos de obras literarias de la autora ecuatoriana empleando los términos antes mencionados desde el psicoanálisis y la filosofía.

Partiendo de un análisis del concepto filosófico de deconstrucción y una mirada psicoanalítica de la maternidad se llegará a la conclusión de que esta estructura puede ser desmontable si la miramos desde una visión crítica, es decir, desarticulando los ejes sobre los cuales se construyeron dichas ideas. “A partir de los años ochenta, el ejercicio derridiano de detectar lo ‘otro’ en los discursos aparentemente homogéneos se convirtió en una verdadera moda de las investigaciones literarias, antropológicas y, con cierto retraso, también estéticas” (Krieger, 2023). Así mismo, el estatuto de verdad que rodea el concepto de maternidad ha sido prefabricado en una



serie de preceptos ideológicos y religiosos que no necesariamente describen con absoluta fidelidad las prácticas de este.

El concepto idealizado de maternidad desde la cultura heredera de la religión en Occidente, así como las demás relaciones entre mujeres en diversos ámbitos sociales, se presentan aptos para una labor deconstructivista, de decir, para una resignificación de su origen y un análisis de su desarrollo en la cultura. “El deconstructivismo, que exige lecturas subversivas y no dogmáticas de los textos (de todo tipo), es un acto de descentralización, una disolución radical de todos los reclamos de ‘verdad’ absoluta, homogénea y hegemónica” (Krieger, 2023). Actualmente el trabajo de Mónica Ojeda deja claro que existen nuevas miradas, no solo hacia lo femenino, sino al sistema de creencias acerca de lo materno en sí mismo, a lo que implica la responsabilidad de elegir ser madre y a la práctica misma de tales ejercicios. Algo muy similar se plantea desde la relación maestra-alumna en la novela *Mandíbula*, de la autora ecuatoriana.

A partir de una serie de cambios de paradigmas socio-culturales en algunos países de Latinoamérica podemos comprender que, tanto el matrimonio como la maternidad históricamente fueron vistos como un acto de servicio, humanidad y entrega asociado al estereotipo de “la mujer buena”: “Los mandatos de llegar al matrimonio y especializarnos casi técnicamente para esto, han funcionado con diversos matices para todas por igual, incluso más allá de diversos atravesamientos culturales” (Freijo, 2020, p. 95). Si bien estos mandatos parecen ineludibles para las mujeres, tanto en el imaginario colectivo como en la literatura se ha comenzado a cuestionar la causa de estos patrones de comportamiento y lo que lleva a la sociedad a replicarlos cotidianamente. “Madre e hija es una antinomia” (Ojeda, 2019), es uno de los tópicos planteados por la autora y desde los que se desprenderá toda una serie de pensamientos disruptivos en torno a las relaciones entre mujeres. Según Lacan aquello que nos acerca al otro es, precisamente, lo mismo que nos separa de él: “El lenguaje sirve tanto para fundarnos en el Otro como para impedirnos radicalmente comprenderlo” (Lacan, 1983, p. 367). Madre e hija, serán, por lo tanto, una dualidad inconciliable y distante.

La saturación de la que son sujetos las mujeres a través de los mandatos actuales de empoderamiento, se hallan más visibles que diez años atrás. Esto genera nuevas perspectivas y



planteamientos que cuestionan, como sociedad marcada por un sesgo de desigualdad, los roles establecidos social u culturalmente. “Forma parte de la carga los mandatos que recibimos acerca de cómo debe ser una buena mujer: la buena hija, la buena novia, la buena amante, la buena esposa, la buena madre” (Freijo, 2020, p. 185). Estos conceptos, sin embargo, cada vez son más fáciles de desmontar, pues están a la luz las desigualdades, esto favorece la discusión en torno al tópico del amor. Para quitarnos el velo acerca de la autoridad de las afirmaciones prefabricadas acerca del amor empleamos el concepto de deconstrucción: “La deconstrucción es hiperpolítizante al seguir caminos y códigos que son claramente no tradicionales” (Derrida, 1998). Así, se politiza y se expresa un modo de pensar la tradición siempre cuestionando los cimientos sobre los cuales han sido elaborados estos preceptos aparentemente neutrales y socialmente correctos.

La romantización de estereotipos como el “amor para toda la vida” o el “soportar todo por amor” son puestos en tela de juicio tanto en la obra de Mónica Ojeda como reflejo de la cultura, esto da como resultado el surgimiento de nuevos paradigmas más naturales en torno a la feminidad o a la maternidad.

Todos crecimos viendo las mismas imágenes: Jesús clavado en una cruz, con la mirada torcida hacia arriba [...] y que nos dijeron, a toditos, que eso era hermoso y misterioso, que eso, morir, sacrificarte, entregar tu cuerpo a los más horribles tormentos por y para alguien, era el amor” (Ojeda, 2021, p. 33).

La idea de sacrificio en las sociedades judeo cristianas es clave para realizar un planteamiento crítico de los prejuicios inculcados desde la infancia en torno al término amor. En la obra de Ojeda se conceptualiza y se deconstruye el ideal de amor romántico, pero también se cuestiona la necesidad de sacrificio de las mujeres para alcanzar una trascendencia a la que sólo se puede acceder mediante la vía del dolor.

Esta manera de concebir el mundo, que es esencialmente moderna, abre paso a la diferencia, al pensamiento que se desarrolla desde los márgenes haciendo a un lado el enorme peso



de la tradición, tal como lo hace Mónica Ojeda en su literatura, cuestionando los modos de ser y de vivir de la sociedad latina, y planteando nuevas maneras simultáneas de observar la realidad:

Si el movimiento moderno se distingue por el esfuerzo para conseguir el control absoluto, el movimiento posmoderno podría ser la realización o la experiencia de su final, el fin del proyecto de dominación. Entonces el movimiento posmoderno podría desarrollar una nueva relación con lo divino, que ya no se manifestaría en las formas tradicionales de las deidades griegas, cristianas u otras (1986).

Hoy en día el concepto de esposa- madre como aquella que cuida y vela por la seguridad de los demás, se puede cuestionar, señalando una serie de rasgos antes invisibles, como lo son el placer, el deseo o la violencia que implica materner. “Los ojos de mi madre estallan el poniente de su vidahija anclada a la mía para siempre. Me escupe verdades que conozco y que mato en el paredón familiar” (Ojeda, 2019). La ecuatoriana plantea problemáticas que se vuelven visibles a partir de la aparición de personajes mucho más humanos y concretos, plantea una versión de lo femenino que anula y desmonta un sistema de creencias sostenido en la historia y en la cultura desde hace años, ahonda en los matices oscuros que existen en el ejercicio de la maternidad como la conocemos, en el daño o la violencia inherente a ella. Dice Sauret citando a Lacan:

Otra de sus tesis funciona casi como un aforismo: “el deseo del hombre es el deseo del Otro”. La frase se entiende en su equívoco: lo que desea el hombre es el deseo del Otro, que su deseo sea reconocido por el Otro, que él sea deseado a su vez; pero igualmente, si el hombre tiene un deseo es porque el Otro le alquila su propio deseo (Sauret, 2018 p. 165).

En palabras de Derrida, se trata de deconstruir los conceptos a priori establecidos: “No se trata de renunciar a un punto de vista en favor de otro, que sería el único y absoluto, sino de considerar la multiplicidad de posibles puntos de vista” (Derrida, 1986a). Pero este tipo de cuestionamientos sobre las relaciones no se limitan a la experiencia materna, sino que ahondan en las creencias impuestas en todas las relaciones entre mujeres, al “deber ser” de la instancia femenina, para generar nuevos conceptos que le hagan justicia al término y la práctica social de la maternidad: “El



deconstructivismo no sólo deconstruye, sino también produce nuevos textos” (Krieger, 2023). Así, la autora nos revela diversas realidades cuyo eje central es el cuestionamiento por la otredad y por el deseo femenino.

La Violencia De Lo Materno

Ojeda ahonda en el cuestionamiento primordial: ¿Es la mujer aquello que se le dijo que tenía que ser? Como madre ¿se auto limita a la definición de lo que se espera de ella? ¿Qué pasa cuando se quiebra la represión? “En términos generales [...] la palabra es una escritura, y así, si existe la violencia de la escritura -que sí existe-, también existe ya la violencia en la palabra” (Derrida, 1986a). Las violencias que se plantea en estos tipos de literatura abarcan matices más sutiles, más ocultos pero concretos y claros: en toda relación humana hay un nivel de agresión, que, si se lleva a un límite puede detonar en violencia explícita. “Yo quería escribir la historia de una mujer cuyo único propósito en la vida fuera el de encarnar el dolor de todas las mujeres del mundo” (Ojeda, 2021, p. 75) En la literatura de Ojeda, la sociedad cumple un papel fundamental: es aquella que condiciona y promueve estándares que el individuo no es capaz de cumplir, es por ello que se vuelve a lo original, a la dualidad que existe entre el concepto aprendido de “amor incondicional” y a la agresividad que implica situarse en un molde en el que simplemente a la mujer no le está permitido fallar.

La literatura se ha caracterizado, desde el inicio de los tiempos, por ser un reflejo de aquellas cuestiones y problemáticas sociales que aquejaban a la humanidad en determinado contexto. Situaciones políticas y sociales, revoluciones y crisis históricas se han visto replicadas en grandes obras literarias. “[...] la literatura [...] se abre camino a través de la Geografía y de la Historia, a través de una idea de libertad característica de las sociedades políticas organizadas como Estado” (González, 2017, p. 2320). Obras costumbristas y fantásticas, de terror o novelas rosas han pasado por el ojo crítico de filósofos a través de los años. De todas estas problemáticas, hay algunas que quedaron relegadas, o bien se ubicaron en lugares secundarios, como lo son las perspectivas femeninas, por un lado, y el trabajo de cuidados, por otro.



Desde la mitología el personaje de la madre ha sido visto como dual, tiene ese carácter protector y a la vez amenazante: “Ella era la fuerza cósmica, la totalidad del universo, la armonía de todas las parejas de contrarios, combinando maravillosamente el terror de la destrucción absoluta con una seguridad impersonal pero materna” (Campbell, 1972, p. 109). Mucho se ha dicho de las acciones de los personajes maternos, siempre en referencia al renunciamiento, a la entrega y a la generosidad, pero muy poco acerca de lo que estos personajes albergan para sí, del deseo y la violencia que son capaces de desplegar sobre otros, de la manera en que a partir de su mirada se representa el ojo a través del cual vemos la realidad, una madre no solo da vida, sino que crea y construye a través de su mirada la estructura psíquica del sujeto: “Es la relación especular lo que interfiere con el muro del lenguaje, debido a ella lo que es del yo siempre se percibe, se apropia, por intermedio de otro” (Lacan, 1983, p. 371). Lo materno, pues, queda relegado siempre al servicio brindado a una otredad (hijos, hijas, maridos, familiares) y coartado en el sentido del deseo, de lo placentero o inclusive de la violencia que hay atrás de la imposición socio-cultural de ser madre.

La escritora ecuatoriana Mónica Ojeda plantea en cada uno de sus libros una postura transversal de la dicotomía madre-hija. En esta relación coexisten paralelamente las dos caras de la moneda, la protección y el amor, por un lado, y la agresividad y la sobreprotección por el otro. En la novela *Mandíbula*, se compara a la madre con un cocodrilo, mismo que puede ser capaz de proteger como de digerir a su cría. “Estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre” (Ojeda, 2022, p. 5) dice Ojeda citando a Lacan. La violencia implícita en el cuidado al otro, la responsabilidad obligada hacia la seguridad de los otros, es un tema que sin bien superficialmente está en boca de todos, no se plantea desde lo oscuro, desde lo negativo que puede ser el deseo cuando sus fuerzas opuestas entran en conflicto.

El mitólogo Joseph Campbell se ha dedicado a visibilizar los aspectos inconscientes del mito. Así como lo muestra Ojeda en sus obras, en paralelo, Campbell plantea a la mujer madre como una figura totalmente impredecible, un ejemplo es el mito hindú siguiente:

Una tarde tranquila Ramakrishna vio una mujer ascender el Ganges y aproximarse al campo en el que él meditaba. Él percibió que ella estaba a punto de dar nacimiento a un



niño. En un instante, el niño nació y ella lo amamantó tiernamente. Después, tomó un aspecto horrible, tomó al niño en sus ahora horribles fauces y lo despedazó, masticándolo. Después de habérselo tragado, regresó al Ganges, donde desapareció (1972, p. 109).

En la literatura de los cuentos de hadas que nos representan como occidentales, encontramos una serie de representaciones de la mujer- madre como un sujeto edulcorado en contraste de la noción de madrastra, según el psiquiatra Bruno Bettelheim: “Los cuentos revelan verdades acerca de la humanidad y de uno mismo” (2014, p. 95). La noción de madrastra es un claro ejemplo de lo que se contrapone a la supuesta relación pura de la madre con el hijo. Madrastras malvadas pueblan los cuentos tradicionales europeos de los hermanos Grimm o de Perrault.

La transformación de una figura materna bondadosa en una malévola debe ser explicada: Esta disociación de una persona en dos para conservar una imagen positiva de ella es una solución que muchos niños aplican a una relación demasiado difícil de manejar o de comprender. (Bettelheim, 2014, p. 96).

Ejemplos como estos abundan en la narrativa tradicional, estos paradigmas, sin embargo, cada vez son puestos en duda y reemplazados por otros más crudos, si se quiere.

Así, en la literatura de Ojeda, se muestra una realidad que en la literatura ha estado invisibilizada, para algunos autores incluso negada, cercenada o reprimida. En la teoría psicoanalítica, por el contrario, ha sido objeto de estudio y se le otorga un papel protagónico: “El inconsciente es el discurso del Otro” (Lacan, 1989a, p.5), es una frase que engloba lo reprimido como aquello fundamental que hay que atender, lo necesario que se nos escapa de las manos en nuestra lucha por comprender el funcionamiento correcto del mundo. La figura de la madre opera como un gran Otro que acecha y controla, la figura del padre, como le ley que todo lo regula y ordena. Según Chevalier en *El diccionario de los símbolos*: “La madre es la seguridad del abrigo, del calor, de la ternura y el alimento; es también, por el contrario, el riesgo de opresión debido a la



estrechez del medio y al ahogo” (Chevalier, 2018, p. 674). La madre abarca también el miedo de regresar al origen, a la nada, concentra la vida y la muerte en una totalidad abrumadora.

En la escritura de Mónica Ojeda, encontramos una referencia constante a esta noción dual y un poco atemorizante de la madre, que ya el psicoanálisis había definido y conceptualizado, y la mitología había evidenciado. Según el filósofo alemán George Gadamer, es imposible separar al autor de su obra, de su época o inclusive de su espacio geográfico.

A lo largo de toda la obra el autor plantea a través de este concepto un diálogo con la tradición, es decir, que todo está conectado históricamente, pero desde un punto de vista siempre variable de acuerdo con el espectador. (Gadamer, 2007).

Así, la ecuatoriana plantea un problema que permanece vigente en su contexto particular, sin dejar a un lado su universalidad.

En Mandíbula lo que se pone en juego es la relación entre mujeres: madre-hija, alumna-maestra, amiga-hermana. Si bien lo que se pretende destacar es aquella ambigüedad y contradicción amor-odio, sale a relucir el contraste que habita en todo sujeto humano: las relaciones amor-odio presentes dentro del propio sujeto. “Si algo hace la originalidad del tratamiento analítico es justamente el haber percibido, desde su origen y de entrada, la relación problemática del sujeto consigo mismo” (Lacan, 1954, p. 11). La madre de Clara, maestra de literatura, marcó su vida para siempre y es por ello por lo que Clara se ha convertido ahora en maestra de literatura. “Clara no sabía con exactitud [...] cuándo había empezado su obsesión por convertirse en una réplica exacta de su madre” (Ojeda, 2022, p. 29). Ese rechazo por la madre se manifiesta como su contrario: tratar de parecerse a ella, justamente es en esta contrariedad donde la autora pone énfasis, plantea amor y odio como dos caras de una misma moneda.

En el comienzo del poemario *Historia de la leche*, Mónica Ojeda cita a Victoria Guerrero: “Todo lo que escribo se reduce a dos o tres palabras /Madre Hija Hermana/Es una trilogía no prevista por el Psicoanálisis” (Ojeda, 2019). La autora hace alusión a la relación siempre contradictoria y ambigua entre mujeres, ya sea que tengan algún parentesco o no, en todo caso



siempre existe ese abismo insondable que las separa, que las convierte en ajenas. El amor femenino es un aspecto de las relaciones humanas que Ojeda se propone reelaborar y reconstruir rompiendo el mito de la madre, hermana, amiga, amorosa.

Lacan habla de la madre como la mandíbula de un cocodrilo porque es así exactamente como es la maternidad. Los cocodrilos tienen la mordida más fuerte del mundo animal y, sin embargo, guardan a sus crías en sus mandíbulas para protegerlas de los depredadores. (Ojeda, 2018).

Sin quitarle las características que abarca el cuidado materno, la ecuatoriana describe y a su vez analiza la oscuridad existente en el ejercicio del amor femenino.

Este ejercicio de deconstrucción es fundamental para comprender la narrativa de Ojeda: “El lenguaje entrega su sentencia a quien sabe escucharlo” (Lacan, 1989a, p.10). La ecuatoriana se propone ir a las bases desde las que se establece estructural y culturalmente una idea del amor materno, entrando en la dimensión del lenguaje como portador de un mensaje. “Con el pretexto de la ficción, la literatura debe ser capaz de decir algo; en otras palabras, es inseparable de los derechos humanos, de la libertad de expresión, etc” (Derrida, 1998). La deconstrucción en el sentido filosófico se pone como meta poner en duda la verdad de los conceptos, la fiabilidad dentro del contexto en el que se emplea. La carga psicológica cultural del concepto maternidad es el foco de análisis de este tipo de literatura.

El término deconstrucción propone, en un inicio, establecer el carácter de verdad de un término, es decir, su fiabilidad. Pero a partir del surgimiento de la filosofía de la sospecha (Marx, Nietzsche y Freud) se han puesto en duda estos estatutos de verdad: “Pero no sólo la filosofía y las diversas formas culturales están afectadas a un engaño esencial, constitutivo, sino incluso la propia verdad no es más que otra forma de estratificación y mistificación histórica” (Vazquez, 2016, p. 51). Esto quiere decir que la verdad está sujeta a interpretación, a un establecimiento cultural imperante en una época o lugar.



Deconstruir un término, o una serie de prácticas establecidas, implicaría, entonces, irse a las bases de su estatificación en el lenguaje, desmembrar su carga ideológica y analizar su papel y relevancia en la constitución de las diversas narrativas que nos construyen como seres humanos occidentales:

Se observa un sistema platónico-hegeliano, se analiza cómo está construido, qué clave musical o que ángulo musical sostienen al edificio, y entonces uno se libera de la autoridad del sistema... Sin embargo, creo que ésta no es la esencia de la deconstrucción. No es simplemente la técnica de un arquitecto que sabe cómo deconstruir lo que se ha construido, sino que es una investigación que atañe a la propia técnica, a la autoridad de la metáfora arquitectónica (Derrida, 1986b).

En este sentido, valdría la pena analizar en qué contexto se habla de la palabra madre, hija, hogar, casa, amor, y, posteriormente dilucidar cuál es el estatuto de verdad en la obra de Mónica Ojeda. “Una casa puede ser, entonces, una máquina para triturar y un hogar. [...] No sólo la posibilidad caníbal del amor de una madre a su hija, sino también la posibilidad caníbal y destructora de la hija hacia la madre” (Ojeda, 2018). Así, el análisis pretende ser un desmontaje de lo ideológicamente aceptable: “dar cuenta de las censuras o las discontinuidades que afectan a toda *traditio*” (Vazquez, 2016, p. 51). En nuestra cultura el amor materno se deslinda de aquel rasgo primitivo animal de agresividad, se dulcifica y se establece en forma de amor incondicional y siempre bien intencionado. “El programa que se traza para nosotros es entonces saber cómo un lenguaje formal determina al sujeto” (Lacan, 1989a, p.21). Al nombrar la palabra madre se le otorga un valor, un peso social, se le funda como institución y por lo tanto se le establece. El discurso construirá así la norma y los valores que cotidianamente aplicamos como fundamentales para una vida en sociedad, este es, precisamente, el desmontaje que realiza la obra de Mónica Ojeda.

La tradición latinoamericana no es la excepción, aquí opera una ideología que abarca desde lo religioso (el amor de la virgen hacia sus hijos) hasta lo social (los imperativos y mandatos hacia las madres y las hijas). “Así nace el Dios Blanco y sus ritos, ‘el dios-madre-de-útero-deambulante, la



verdadera madre y origen de la leche' a nivel simbólico, una exploración de los terrores asociados a la adolescencia femenina" (Ojeda, 2018). La autora explora estos terrenos siempre desde los márgenes, trayendo situaciones que ilustran sensaciones y conductas propias de estas relaciones filiales, el miedo al cambio, el silencio de las madres, el castigo de las hijas hacia las madres, la necesidad de parecerse y a la vez de generar una individualidad propia, todo ello está reflejado en *Mandíbula*.

Pero también en *Nefando*, así como en *Las voladoras*, encontramos alusiones al amor- odio materno. "Mi madre nos miró siempre desde una esquina filosa. Sabía lo que papá nos hacía. Sabía leer los rastros y por eso se recogía el pelo con una aguja. Ella nunca nos buscó" (Ojeda, 2021, p. 119). Allí se realiza una desmitificación del amor materno, así como un cuestionamiento de este, hay una postura sutil, sin bien la madre es una figura ausente, está involucrada en el destino de los personajes de manera directa, existe una constante contradicción y lucha interna en ellos, un amor y un odio que conviven en la experiencia: "Todo ha de ordenarse aquí según las relaciones antinómicas en que se estructura el lenguaje" (Lacan, 1989a, p.882). Lo cotidiano es ahora el objeto del horror, y el miedo puede estar presente en aquello que creíamos seguro. "Siempre lo he dicho: la familia, a veces, es el monstruo debajo de la cama. Y nosotros somos el monstruo que está encima cubriéndose con la sábana" (Ojeda, 2018). En *Mandíbula*, si bien no es el tema central, la maternidad juega un papel fundamental, las protagonistas actúan siempre en función de sus madres, el ojo materno es un elemento omnipresente que regula el devenir de los personajes en el texto.

En Historia de la leche, Ojeda anuncia:

Una madre es la primera experiencia de crueldad, el primer hachazo/ la infección silbando muelas cojas bajo las axilas/el abandono colgando como un espantapájaros en la quijada rota del poema/ la venganza ensayada de todas las pieles que lloradas nos cubrieron. (Ojeda, 2019).



En este sentido el sentimiento materno cumple la función de ser el objeto primario de amor, es decir que en tanto que ama, puede lastimar o herir, tiene esa facultad primigenia.

Así, desde estas primeras ideas la figura materna es puesta como el primer puntal del niño y la niña. Al instituir a la madre como objeto de deseo sexual, se posiciona como primer objeto de referencia para la constitución metonímica de la cadena de significantes. (Robles, 2012, p. 8).

El poder que tiene la madre al enseñar su lengua y transmitir sus valores y creencias es ya de por sí asociable a una especie de violencia sutil, aquella que Ojeda retrata en sus textos y cuyo espejo son los personajes femeninos:

Entonces, siempre que hay un llamado se espera una respuesta, porque la palabra en primer lugar viene del Otro: desde que nace, el niño está inmerso en un baño de lenguaje; incluso antes de nacer ya es hablado, se habla de él, se le habla. (Rabinovich, 1991).

Esta característica sitúa a la autora en un lugar desde el cual se cuestiona y se analiza la función materna desde otra perspectiva, pero cuyo deslindamiento es inoperable.

Es necesario aclarar que, si bien esta deconstrucción del sujeto madre en la actualidad opera desde el desmoronamiento de su lugar en la cultura, no siempre ha sido así. “Durante la historia de nuestra cultura occidental las mujeres se han hecho cargo del cuidado de los niños [...] también de la crianza, la educación, los cuidados básicos, la afectividad y la socialización” (Robles, 2012, p. 122). Es propio de la modernidad el hecho de situar a la mujer en el ámbito doméstico y el sacrificio, una larga tradición que parte desde la revolución industrial y cuyas huellas son apenas una parte de lo observable en la vida cotidiana. La mutabilidad del concepto de maternidad ha devenido en esta ambigüedad que ahora expresa Mónica Ojeda en su literatura, sin embargo, la cultura en la que se insertan tales prácticas va moldeando el concepto:

A partir de la Modernidad se conforman estrategias que permiten asegurar los valores sociales dominantes. El matrimonio, la familia, la educación, son instituciones que aseguran la transmisión de los poderes y privilegios heredados. En este sentido, no solo son los



conceptos los que se ponen en juego, sino también los escenarios donde deben encontrarse las madres y lo femenino; el mundo privado familiar, la casa y los hijos/as deviene un mundo donde se construye a la mujer/madre (Robles, 2012).

La madre sería entonces, la primera figura de apego, de amor y de odio, la primera referencia en el sentido biológico de la palabra, pero también en la generación del lenguaje. Representa la mirada de la niña y el niño, aquella que presta sus ojos para percibir el mundo y, justamente, será quien configure la rebelión del infante:

La agresividad que el sujeto experimentará aquí [...] con la que muchos se contentan enmascara otra menos agradable para todos y para cada uno: la agresividad del esclavo que responde a la frustración de su trabajo por un deseo de muerte. (Lacan, 1989b, p.9).

El niño desconoce así el deseo materno, y, sin embargo, actuará siempre conforme a él, ya sea para cumplirlo o para contradecirlo, en este sentido cuesta trabajo comprender que no sea un sujeto autónomo, sino que su madre le ha “robado” una parte de sí para inyectar una parte del ser de ella. Pero esta agresividad también se puede percibir como un regalo, tal como dice Juan Rulfo en *Pedro Páramo*: “Traigo los ojos con que ella miró estas cosas, porque me dio sus ojos para ver” (Rulfo, 2018, p. 17). Aquí se hace referencia nuevamente a ese gran Otro, aquella mirada primaria que nos es heredada y que conservamos a lo largo de nuestras vidas, y que, aunque podamos contradecir, siempre será el eje originario de nuestra percepción del mundo.

Sacrificio, fusión y muerte en pos de la vida

La necesidad del sacrificio de la madre es, por otro lado, un pilar relevante en la crítica de Mónica Ojeda al concepto edulcorado que tiene la sociedad de ese deber ser materno, pero la autora lo plantea inclusive desde el ámbito religioso, lo que nos enseñan nuestras madres es a tener una perspectiva moral y ética ceñida a las normas imperantes en la sociedad: el sacrificio, la entrega, la castidad, el servicio siempre incondicional hacia el otro:



Mi abuela me decía que yo tenía que amar esas muecas porque ellas me amaban a mí. Lo que en realidad me estaba diciendo era que yo debía amar el dolor que se representaba en esas imágenes [...]. Basta con entrar a una iglesia para entender lo que te estoy diciendo. Todas las personas que la visitan van allí a sufrir [...]. Son así porque han crecido con el discurso de que para alcanzar el amor hay que purificarse a través del dolor, porque sus ojos identifican la belleza con la sangre. El amor y el dolor son, para ellos, dos conceptos intercambiables (Ojeda, 2021, p. 33).

Según Lacan, el gran Otro no es necesariamente la madre, puede ser alguna figura de apego, o incluso la religión o la sociedad. Este concepto abarca más bien un eje de percepción del sujeto, le permite concebir su realidad y a la vez lo limita. “El gran Otro está asociado a la función materna porque es quien suele encarnar el primer gran Otro [...] Es donde se verifica la palabra, es el tesoro de los significantes. Es el lenguaje de alguna manera” (Asociación Libre, 2020b, 6m, 17s). Podemos decir que, si bien este concepto no tiene una definición unilateral, encarna en realidad al lenguaje como lo comprendemos, con sus sentidos y significaciones, finalmente nuestra concepción del mundo: “Tu madre es Dios” (Ojeda, 2019). Por ello, la mirada materna, con sus matices y sus aristas, produce una óptica en el sujeto que le acompañará toda su vida.

La relación que existe en la literatura de Ojeda entre madres e hijas no se ubica en el estereotipo tradicional, se encuentra en la oscuridad y en el caos, en la violencia de lo biológico que se aferra a la vida: “Una madre se alimenta de sus hijos/ muerde sus arterias y hace gárgaras con sus ríos/mansos presagios de la carroña de Dios” (Ojeda, 2019). Así, se expresa mediante un giro óptico esta relación de amor-odio recíproca madre-hija y la necesaria contrariedad de estos dos aspectos. “Ser sujeto es estar sujetado –o sujetada– a otro” (Robles, 2012, p. 3). Si bien esta sujeción contiene una violencia intrínseca, hay aspectos que no han sido analizados y son, por lo general, vistos como menos importantes, por ejemplo, una relación entre amigas, entre hermanas o incluso entre maestra y alumna. “¿Te até yo con mi cordón umbilical? Le preguntaba a veces a la radiografía de la columna vertebral de su madre. ¿Te corté la circulación con la cuerda de mi



ombliigo?” (Ojeda, 2022, p. 240). La unidad entre mujeres es otro de los tópicos trabajados por Ojeda, en este abordaje de lo femenino se sobreentiende que existe una dependencia y una intersubjetividad que no permite la individuación, pero que a la vez dispara situaciones tensas e incómodas de las cuales los personajes difícilmente logran escapar.

Ojeda visibiliza aquellas aristas inexploradas, inexplicadas en la literatura e inclusive en el psicoanálisis. “Les duele no ser iguales y que los huesos y la textura de la piel sean un asunto tan personal, tan individual. Quisiera que tuviéramos el mismo nombre, le dice Annelise en medio de la clase” (Ojeda, 2022, p. 246). En estas líneas se expresa un deseo de fusión y a la vez de odio, de querer abarcar al otro en su completud y poseerlo, que bien podría caracterizar la relación simbiótica madre-hija, la unión trascendental de dos seres en uno solo. “El Otro es el lugar de esa memoria que descubrió bajo el nombre de inconsciente, memoria que se considera el objeto de una pregunta que permanece abierta como condición de lo indestructible de ciertos deseos” (Lacan, 1989a, p.556). Así, resulta imposible a nivel inconsciente el amor total sin la presencia del odio, el amor es, en sí mismo, violento, en función de ese deseo primigenio del Otro, es decir, de la madre. En la literatura de Ojeda está muy presente este rasgo distintivo del amor femenino, esta necesidad de enraizarse con la otredad y resignificarla.

En “Sangre coagulada” un cuento del libro *Las voladoras*, la relación entre abuela-nieta se exterioriza, cobra otro sentido que el de madre-hija. Pero esta relación es necesariamente violenta, pues ambas deben sobrevivir y subsistir la una a la otra, en una simbiosis continua. “La sangre también me dijo que una cabeza cortada dibuja el tiempo. Que donde una planta estuvo mañana crecerá otra. Que la abuela se hace pequeña para que yo me haga grande” (Ojeda, 2021, p. 29). En esta unión generacional está presente el amor, pero también el odio, la necesidad del paso del tiempo, la necesidad del crecimiento. Existe una imposibilidad de detener este avance progresivo, cuyo fin último es la muerte. Mónica Ojeda plantea la crudeza de la realización de estos actos necesarios biológicos, que los personajes sufren aferrándose a su pasado.

En conclusión, la propuesta de la autora es, en efecto, el planteamiento de una perspectiva diferente de la maternidad, de lo femenino y de las relaciones femeninas en general. Se libera a la



mujer del carácter impuesto de salvadora y de mártir, que la tradición occidental judeo-cristiana le impone. Admite la importancia de la madre en la mirada del sujeto desde su nacimiento a través del concepto psicoanalítico de gran Otro, y se cuestiona el rol de la mujer en la sociedad como quien carga con la violencia del mundo y la transforma. En los textos de Ojeda se fusiona amor con odio y placer con dolor, se expresa del deseo tal como surge del inconsciente, libre de prejuicios y de conceptualizaciones, se deconstruye el concepto de amor, de madre y de mujer en general. A través de la literatura abre caminos y aristas que, si bien existieron desde las mitologías antiguas, habían sido borrados de la historia occidental.

La ecuatoriana plantea, desde una visión actual del rol de las nuevas identidades: la posibilidad de no pertenecer a un grupo social cuyas normas son impuestas a priori, ya sea por motivos culturales, religiosos o políticos, de reinterpretar las normas morales que nos han regido por milenios: “Hay dolores que son inventados, construidos bloque a bloque, y eso no quiere decir que sean irreales”» (Ojeda, 2021, p. 75), y la capacidad de cuestionar el rol de cada individuo en sociedad, en relación con los otros. En otras palabras, la libertad de expresarse conforme al deseo propio, abriendo el camino y tratando de disolver las barreras que tanto han oprimido a nuestras sociedades a lo largo del tiempo.

Referencias

- Álvarez, C. (2014). *Monstruos y grotescos, aproximaciones desde la literatura y la filosofía*. México: UAEM.
- Asociación Libre. (2020a) *Ojos Bien Cerrados. Análisis Psicoanalítico*. [Archivo de video]. <https://www.youtube.com/watch?v=MISl2nvEsM>
- Asociación libre. (2020b) *PyR 31 - Gran Otro vs Superyó | “Borges y Yo” Análisis*. [Archivo de video]. https://www.youtube.com/watch?v=Kl_5HuQwx5g&t=587s&ab_channel=Asociaci%C3%B3n_Libre
- Bettelheim, B. (2014). *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. México: Gandhi.



- Campbell, J. (1972). *El héroe de las mil caras, psicoanálisis del mito*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Chevalier, J. (2018). *El diccionario de los símbolos*. Barcelona: Herder.
- Derrida, J. (1986a). *La metáfora arquitectónica*. (E. Meyer, Entrevistador)
- Derrida, J. (1986b). *Leer lo ilegible*. (C. González-Marin, Entrevistador)
- Derrida, J. (1998). *Notas sobre deconstrucción y pragmatismo*. Buenos Aires: Paidós.
- Freijo, F. (2020). *(Mal) educadas*. Buenos Aires: Planeta.
- Gadamer, H.G. (2007). *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme.
- González, J. (2017). *Crítica de la razón literaria*. Oviedo: Academia del Hispanismo.
- Krieger, P. (2023). La deconstrucción de Jacques Derrida (1930-2004). *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 26(84), 179-188.
http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-12762004000100009&lng=es&tlng=es
- Lacan, J. (1954). *El seminario de Jacques Lacan Libro I*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1983). *El seminario 2. El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1989a). El seminario sobre la carta robada. En: *Escritos 1*. México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1989b). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En: *Escritos 1*. México: Siglo XXI.
- Mendizabal, I. (2022). *Gótico andino o neogótico ecuatoriano sobre el horror metafísico*. Quito: Universidad andina Simón Bolívar .
- Ojeda, Ó. (2018). *Mónica Ojeda: Me siento atrída hacia el caos y el descontrol porque es ahí donde encuentro a la escritura en toda su potencia y desnudez*. (R. Wong, Entrevistador)
- Ojeda, M. (2019). *Historia de la leche*. Quito: Severo.
- Ojeda, M. (2020). *Mónica Ojeda: Me interesa el efecto de la violencia en la psique*. (A. Aguilar, Entrevistador)
- Ojeda, M. (2021). *Las voladoras*. México: Pinas de Espuma.



Ojeda, M. (2021). *Nefando*. México: Almadía.

Ojeda, M. (2022). *Mandíbula*. México: Candaya.

Rabinovich, D. (1991). *Lectura de Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*. 1-15.

Robles, A. (2012). *Maternidad: ¿Un deseo femenino en la Teoría freudiana?* *Nomadías*, 119-135.

Rulfo, J. (2018). *Pedro Páramo*. México: R.M.

Sauret, M. (2018). *¿Existe el otro?* (Trad. Sotelo, A.). *Pedagogía y Saberes*. 48, 163-178.

Vazquez, A. (2016). Derrida: Deconstrucción, différance y diseminación. *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 51.